

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

La crisis actual y el monetarismo [The current crisis and monetarism]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Child, Jorge
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-07 23:06:12
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/222008

La crisis actual y el monetarismo

Jorge Child

Jorge Child. Economista y abogado colombiano. Profesor de Postgrado en la Universidad Javeriana de Bogotá. Profesor visitante de St. Antonys College en la Universidad de Oxford.

El perfil de la crisis económica actual, que la distingue de todas las crisis anteriores del capitalismo, es la conjunción de la inflación y de la recesión. Ya no vale el remedio keynesiano de bombear la demanda y bajar el interés para estimular la inversión. Ahora se trata de congelar la demanda efectiva con la inflación y hasta con el racionamiento de los servicios públicos para almacenar energía. El capital también se encarece autoritariamente marcándole un precio político alto a su costo, es decir, fijando directa o indirectamente, altas tasas de interés. Ninguno de estos recursos de políticas económicas y financieras es casual. Todo este desarrollo institucional responde a una estrategia de crisis. La crisis es un proceso en marcha, lo tenemos cuantificado en diversos indicadores, y por eso el capitalismo mundial ha decidido ahora congelar la producción desde su fuente misma a través del encarecimiento político del ahorro de inversión para evitar el cataclismo de la crisis del 30: el choque explosivo entre la montaña de existencias de productos y la carga de multitudes hambrientas y desempleadas. Este cataclismo sería hoy para establecimiento al mando políticamente incontrolable. Por eso el sistema ha escogido, en esta emergencia, el tratamiento de choque de racionar la demanda y encarecer el capital al costo del desempleo y de la disminución de la producción industrial y agraria, para los mercados de consumo masivo. Se tomó, pues, la decisión de **institucionalizar el receso**. Y aquí vemos con qué medios.

En el mundo de la teoría económica clásica se suponía el pleno empleo de todos los recursos y no existían recursos involuntariamente parados. Por eso, toda oferta traía su propia demanda (Ley de Say). Dentro de este mundo equilibrado, un aumento de la producción implicaba la retirada de recursos de otro uso. Si había que aumentar la inversión esto solamente podría hacerse retirando los recursos del empleo en las industrias de bienes de consumo, y para inducir a la gente a esperar algún tiempo para consumir había que pagarle un premio por este ahorro de dinero que temporalmente no iba a usar en consumo corriente. Este premio era el interés como un pago por esperar, por abstenerse del consumo, por ahorrar. Marx sabía que en lugar de pagar por el ahorro de las clases asalariadas un interés, se les podía reducir el consumo apropiándose de su trabajo no pagado.

En nuestro país todos sabemos que los recursos no están empleados en su totalidad. Hay tierras ociosas, muchas existencias de materias primas y de artículos acabados o semi-acabados en volúmenes superiores a los que demanda su rotación normal, industrias con capacidad de planta para producir más, y un buen número de personas totalmente desocupadas, o empleadas parcialmente, o se-

mialimentadas con empleos que podrían absorber en su jornada ordinaria (subempleo). Por otro lado, faltan recursos energéticos, y hasta hay que racionarlos, para mover esas plantas con capacidad ociosa. La escasa disponibilidad de recursos energéticos hace imposible la movilización de los recursos que no están empleados en su totalidad, y por eso hay que inducir la abstención de invertir, que hoy impone la crisis energética. **Hay que castigar la inversión con altos intereses, para que el alto costo del dinero ponga a pensar dos veces a los nuevos inversionistas.**

El interés ya no es un premio - como la teoría clásica - por abstenerse del consumo, ya que de eso se encarga la inflación. El interés hoy se ha convertido en un premio por abstenerse de invertir en programas de baja tecnología. La actual teoría de interés es totalmente la opuesta de la teoría clásica.

Para salir de la crisis hoy no se trata, como en el mundo keynesiano de los años 30, de estimular la expansión con bajos intereses, gasto público deficitario y bajos encajes bancarios para facilitar la expansión del crédito. No se trata de ponerse a abrir huecos para tapar otros. Ahora se trata de todo lo contrario: control riguroso de la oferta monetaria, reducción del gasto público y alto costo del dinero para desestimular la inversión incompetente. La inflación viene a ser el principal tratamiento de choque para reducir el consumo masivo de las clases asalariadas. Para estas clases, la inflación es un interés al revés: es el sacrificio que ellas pagan para que a través de la concentración del ingreso se produzca la ampliación de la capitalización. El trabajo no pagado vuelve a ser la fuente del ahorro en el circuito del capital. Un ahorro forzado que no le retribuye ningún interés al trabajador que se "abstiene" de consumir, sino un sacrificio gratuito al que está obligado para "reajustar" el sistema.

Desde el punto de vista de la inversión, el alto costo del dinero viene a ser el tratamiento de choque para pensar dos veces la inversión y reajustarla a los proyectos más productivos. El peligro está en que mediando la perspectiva de la inflación de los altos intereses no reajusten el uso del dinero a los proyectos más productivos sino a los más especulativos, que suelen ser los menos productivos y los más destructivos de los recursos naturales y humanos. La recesión sin inflación era el tratamiento de choque que conocía el capitalismo. Hoy, con la estanflación, todo se complica, y ya no sabemos si los altos intereses irán a reajustar la economía capitalista hacia un nuevo nivel de productividad con menos pobres o hacia nuevos modelos de especulación improductiva con pocos ricos más ricos y muchos pobres más pobres... ! Y lo último, por lo pronto, es lo que está pasando.

Si los altos intereses estimulan el ahorro y, al mismo tiempo, por el alza del costo del dinero, castigan el ensanche de la producción, no se ve muy claro de cuál ingreso adicional saldrá el nuevo flujo de ahorros que se está buscando. Al incremento de la tasa de interés se le está atribuyendo, así, dos reacciones antagónicas: aumento del ahorro y disminución de su fuente. Tal vez se espera que el proceso de circulación y reproducción del capital se desplace hacia las nuevas tecnologías

que son más productivas y que ahorran capital por unidad producida, pero que exigen un gran capital de partida para montar los nuevos procesos. La factibilidad económica de este cambio técnico supone una alta movilidad de los factores de la producción y la posibilidad de un mercado abierto sin las restricciones de tipo monopolístico de los mercados cautivos y, que tenga una posibilidad de expansión que alcance el punto de equilibrio-costo-beneficio que supone el mayor volumen de producción requerido, y que además que para tales exportaciones disponga de un mercado nacional, libre, sin protecciones. Si nada de esto se presenta para el país que tanto espera, el nuevo flujo de ahorros que estimulan los altos intereses podrá generarse con cargo a una mayor colocación financiera del capital circulante; o por la transferencia de parte del ahorro para la inversión al ahorro financiero, o por la captación de ahorros financieros atraídos por el mayor rendimiento monetario que ofrece ese país que resolvió, en un súbito ataque de paranoia, convertirse ya no en el **Japón de Suramérica**, sino en la **Suiza del continente**.

Desde luego que el programa de convertirse en **banquero del mundo** se encuentra con las fronteras de la conservación de un gran volumen de reservas de divisas y de la confianza política que le merezca a los traficantes internacionales del dinero caliente el manejo de las mismas. Es muy dudoso que un país subdesarrollado de economía dependiente pueda sostenerse indefinidamente **empujando sobre el hilo del dinero**. El programa de hilar dinero del dinero que uno no produce, función propia de los intermediarios financieros, y surtidos de las utilidades del banquero, no es un programa aconsejable para una economía nacional que de golpe puede ser sorprendida, si las circunstancias financieras cambian, con un retiro masivo de los fondos extranjeros.

Desde el punto de vista de la producción real la ilusión de sostenerse "empujando sobre el hilo del dinero" conduce a entregarse al consumo inmediato, sin preocuparse de las reservas que hay que mantener para asegurar en el futuro la reproducción ampliada. La llamada "nueva sabiduría" de atraer el capital extranjero transhumante, y de legitimar toda clase de producción de dinero, provenga de donde proviniere - tala de bosques para exportación, siembras de marihuana que destruyen las buenas tierras, tráfico de coca, exportación desbordada de recursos escasos - para invertir el fruto monetario de estas actividades en el llamado **ahorro financiero**, equivale a "invertir el dinero en el dinero" para sacar más dinero en la esperanza de poder continuar indefinidamente esta ilusoria operación de alquimia.

La demanda efectiva ante la caída de la producción doméstica impulsa la sustitución de productos nacionales por los importados a través del contrabando, o de la apertura de las importaciones que el mismo consumismo presiona y que el gobierno justifica con la montaña dada de divisas que le debe a su política de empujar sobre el hilo monetario. En este sentido la sustitución de importaciones no se está reemplazando por una consolidación de nuevas exportaciones, sino por una aleatoria importación de divisas que se convertirán en importación de alimentos

naturales, confecciones, materias primas, energéticos, que antes se producían suficientemente en el país. Las altas reservas internacionales promovidas por la política de atraer más ahorro financiero, cavan un hueco en la producción nacional que ellas mismas tendrán después que rellenar con productos foráneos.

Mientras se montaba esta política de "empujar sobre el hilo monetario" ella se justificaba con el propósito de estimular la eficiencia de las industrias protegidas y de eliminar el subsidio que el consumidor les estaba regalando a ellas, y al Estado a través de los impuestos indirectos. El costo de esta nueva política monetaria ha sido, ya se sabe, la disminución de la inversión y del empleo. El modelo econométrico que deba juzgarla sería la equivalencia entre el flujo del ingreso personal disponible que arrojaba la primera y el flujo del mismo que liquida la segunda estrategia monetaria y consumista. La estrategia proteccionista se maneja en forma flexible y condicionada, tiende a producir un mayor flujo nacional de ingreso disponible para el mercado de bienes de consumo masivo que el que se desprende del empleo restringido y de la concentración del ingreso que determina la estrategia monetaria. Si un mercado abierto es incapaz de incrementar la eficiencia industrial y de aumentar el producto real interno, sería mejor un mercado protegido y restringido en su surtido de mercancías que logra, por lo menos, el segundo objetivo de abastecer un mayor consumo masivo en el mercado nacional y mantener un volumen más alto de ocupación. El incremento de la eficiencia, en la estrategia proteccionista, se puede lograr - como indicábamos - con un manejo flexible y condicionado de los privilegios y subsidios otorgados a la industria nacional sobre la industria extranjera. Pero no hay que hacerse ilusiones de que un país atrasado alcanzará mañana la eficiencia del Japón. Sin embargo, casi todos los países atrasados pueden usar mejor sus propios recursos, y los externos que consigan, para servir las necesidades radicales de su población dentro de patrones menos esnobistas que aquellos que se han caído con la nueva alquimia de empujar sobre el hilo monetario del mercado abierto, o sea, el "modelo de Chicago".

Así como la fantasía mercantilista consistió en generalizarles a todos los países del mundo la receta de buscar una balanza comercial positiva, o sea, un universal imposible, la fantasía monetarista contemporánea pretende que todos los países acumulen capital financiero empujando sobre el hilo del dinero, en lugar de acumular primero capital de inversión empujando sobre las bases de la producción real que sostengan en forma más segura su propio desarrollo económico. Tampoco sería posible empujar a todos los países del mundo hacia el mercado internacional, porque la actual división del trabajo no es favorable para muchos de ellos, ya que no se trata de ventajas comparativas naturales o eficientemente trabajadas, sino de ventajas dadas que han sido administradas por los países más poderosos e industrialmente más adelantados.

Confundir el **ahorro financiero** con el **ahorro real** es la principal, y más peligrosa, mistificación de la escuela monetarista. Hace parte, desde luego, de la estrategia de acumular primero capital financiero para convertirlo después en capital de in-

versión, o sea, empujar primero sobre el hilo monetario para convertirlo después en cadena de producción en serie.

Las mentiras del ahorro

En la Conferencia Interamericana de Ahorro y Préstamo celebrada en Cartagena (4 a 7 de mayo 81) se volvieron a repetir las mismas mentiras sobre el ahorro con que nos venimos engañando en Colombia desde hace un buen tiempo. Todos sabemos que el llamado **ahorro financiero transferible** se alimenta de ahorros que, con otro sistema, estarían destinados a la inversión, y en buena parte a los capitales viajeros especulativos que vienen del extranjero. Este ahorro se transfiere de unas personas a otras, y si son extranjeras cuando la coyuntura financiera sea adversa, se lo quitarán sin previo aviso a la economía nacional. En pesos corrientes, el ahorro transferible pasó de 32.380 millones a finales de 1974, a 121.773 millones en 1978 y a 237.992 millones en 1980, con un crecimiento de 85.579 millones en este último año. El ahorro **no-transferible** que incluye certificados de cambio y títulos de participación, y que constituye emisiones de títulos a corto plazo que el gobierno redime sin transferir a ninguna actividad económica, o sea, documentos de tesorería para congelar medio circulante, subió de 579 millones en 1974 a 22.319 millones al terminar 1980.

En cuanto al ahorro del sistema **Upac**, que hace parte del ahorro transferible, su volumen pasó de 8.325 millones en 1974 a 103.616 millones al finalizar el mes de marzo de 1981. Pero hay que observar que el 72,1% del ahorro transferible del sistema **Upac** esta constituido por cuentas corrientes con interés y, por lo tanto, no pueden considerarse ahorro desde ningún punto de vista. Es evidente que un sistema destinado a financiar créditos a largo plazo para la construcción de viviendas no podrá autosostenerse equilibradamente si un 72% de sus recursos provienen de ahorros a la vista. Para que este sistema logre autofinanciarse temporalmente, tendrá que recurrir en forma progresiva a los descuentos de sus obliga carter a y a un alto margen de utilidad financiera entre las tasas de interés de captación de ahorros y las de los préstamos. Eso es lo que ha venido ocurriendo, y por eso el sistema **Upac** lleva en su sangre un virus que terminará tarde o temprano por disolverlo o restringirlo.

Algunos apologistas crónicos de los valores dominantes del establecimiento económico, como Miguel Fadul, opinan que si el sistema **Upac** ha servido principalmente para financiar viviendas lujosas, indirectamente ayuda a financiarle mejores viviendas a la clase media proletaria. Fadul sostiene en *El Espectador* (4/5/81), sin inmutarse, que "si una persona que tiene una vivienda en el Quiroga, aspira a tener una mejor en el sur y de ahí en adelante otra mejor en el norte, y posiblemente lujosa, habrá una rotación o cambio en donde las viviendas usadas se van vendiendo a las personas de más bajos niveles a medida que las de los altos ingresos las van desocupando". Este país utópico de la movilidad social ascendente no corresponde a la realidad colombiana. No creemos que los propietarios de las viviendas lujosas del norte hayan venido escalando los tugurios al Quiro-

ga, del Quiroga al Santa Fe, del Santa Fe al Teusaquillo, y de Teusaquillo a los cerros de Usaquén. Es más probable que la economía clandestina de los enriquecimientos sin causa los haya llevado de un golpe de fortuna de una pieza de pensión o de un rancho de la Guajira, a un castillo del norte con cambio de guardia y música con televisión incorporada en todos los aposentos y rincones.

Lo que no se discutió en este simposio de Cartagena fueron los flujos clandestinos del ahorro financiero y sus transferencias a usos improductivos, que es el proceso determinante de la caída de las inversiones y del aumento del desempleo y del subempleo que todos conocemos y estamos pagando con la presente crisis de la economía colombiana.

Y a pesar de las cuentas alegres del ahorro personal en el país, Colombia va a la cola en América:

Y respecto a los ahorros del **Upac**, además del error de incluir en estos las cuentas corrientes, debemos tener presente que el total de la cartera vigente llega a 89.147 millones de pesos contra una recuperación de la misma de sólo 383 millones, o sea un bajo y peligrosísimo coeficiente de liquidez de 0.04. ¿No nos habremos dado cuenta que el sistema **Upac** está quebrado?

Ahorro en tierras

Al lado del crecimiento del ahorro financiero, en épocas de inflación, ocurre una propensión de la gente a invertir sus ahorros en finca raíz. Las propiedades inmuebles ofrecen el alto rendimiento de su valorización monetaria, porque éstas como el dinero no pueden ser reproducibles, salvo, en el caso del dinero, por los falsificares de billetes. A este rendimiento habrá que agregarle el del alquiler de los mismos bienes inmuebles. Cuando la inflación está en su fase de auge, las compraventas de finca raíz se animan y dicha inversión ofrece una liquidez bastante alta que se realiza por medio de la venta o como garantía hipotecaria para obtener dinero en préstamo. Además del rendimiento y de la liquidez hay un tercer factor que se tiene en cuenta para la inversión en determinados bienes: el costo de almacenamiento o conservación. La propiedad raíz, sobre todo si es urbana, tiene un pequeño costo de conservación (impuestos y cercamientos); y si es rural su costo de conservación es más alto debido a las leyes que obligan a explotarla y al riesgo de la invasión de colonos en los casos de ausentismo del propietario.

En la "Teoría General del Dinero" (cap. 17) Keynes observaba que "la mayor demanda de tierras ha contribuido en ciertas épocas históricas a mantener altas tasas de interés". Es obvio que si la inversión en tierras implica un sustituto de la inversión en otros medios y bienes de producción, y en la coyuntura inflacionaria es la tierra la que demuestra un rendimiento monetario más alto por valorización, venga a considerarse dicho rendimiento como el interés de esa inversión, y en consecuencia las tasas de interés sobre el ahorro en dinero tiendan a nivelarse por el margen de la valorización monetaria de la propiedad raíz.

Desde luego que el mejor negocio del mundo de vivir de la valorización de la tierra y de sus rentas, o de los altos intereses del ahorro financiero, no puede sostenerse indefinidamente. Sacar dinero del dinero equivale a crear una heperinflación continua que en el momento de realizarse en mercancías no le habrá agregado más bienes al poseedor de estos ahorros en dinero. Si el avaro sale a comprar en la inflación maldecirá contra la moneda ladrona. En la inflación sólo se gana cuando hay una ventaja relativa de ingresos-precios; y en la destorcida de la inflación ni siquiera la tierra, por la caída de la demanda, podrá conservar constante su valor a quien compró a los precios más altos que alcanzó en la inflación.

Prebisch y el monetarismo

El proceso de conversión del monetarismo hacia **una aberración total**, expresados por Raúl Prebisch al recibir el primer premio de la Fundación Tercer Mundo (Nueva York, abril 2 de 1981), puede ser considerado, también, como el desenlace del **capitalismo tardío**, o como la fase de **decadencia** del sistema capitalista.

Las llamadas "Disneylandias del Tercer Mundo" giran en torno al espejismo de adaptar en su sector moderno o "formal" tecnologías avanzadas cuyos efectos de progreso tecnológico y productivo se estancan en el circuito de ese mismo sector y no se difunden ni hacia atrás ni hacia adelante, ni hacia abajo ni hacia arriba, ni a lo ancho, ni a lo largo, y dejan por eso desamparado, sin tocarlo ni mancharlo, al gran resto de las fuerzas y medios de producción. Se concentran, como dice Prebisch, "únicamente en los momentos más calificados de la fuerza de trabajo (ingenieros, organizadores, administradores de empresas grandes o filiales de multinacionales), pero el resto que enfrenta una competencia regresiva desde abajo, no recibe mayor parte de esos frutos". Esto se debe a la coexistencia de técnicas precapitalistas de producción y a que hemos introducido la sociedad privilegiada de consumo que succiona gran parte de ingresos a los centros transnacionales; y también a que hemos llegado a la hipertrofia del Estado, que es en gran parte la consecuencia de la falta de dinamismo del sistema capitalista en los países del Tercer Mundo...¹ Y, desde luego, toda esta explotación se debe al internacionalismo consumista y a los arreglos de "economía mixta" con las transnacionales.

Cuando Prebisch sostiene que el "monetarismo es una aberración total", porque lo que está pasando en varios países latinoamericanos es la expresión de la interacción de las relaciones de poder, que no se pueden explicar en términos puramente económicos y que, por lo mismo, no admiten soluciones monetarias, el veterano profesor del estructuralismo económico en Latinoamérica nos está aproximando al descubrimiento, de un lado, de la fase de decadencia monetaria del sistema capitalista de los centros que ha puesto a todos los países del mundo "a empujar sobre el hilo del dinero" para que alcancen rápidamente su desarrollo económico y, de otro, la premisa fundamental del cambio económico: "para transformar las re-

¹ Ver reportaje a Raúl Prebisch en revista "Nueva Frontera", Bogotá. P. 11. 13/4/81. N° 327.

laciones de mercado es necesario cambiar las estructuras de Poder". Son dos perspectivas que los maestros de Chicago, desde su aberrante concepción monetarista, olvidan de cabo a rabo.

La succión del ingreso que recibe la sociedad privilegiada periférica por los centros capitalistas internacionales, se opera a través del pago de patentes y regalías sobre sus tecnologías secretas, cuyas claves no pueden estas periferias ni siquiera aprender, y mucho menos difundir, adoptar y mejorar tal como lo ha hecho el Japón, y a través de la creciente importación de piezas y partes para armar y ensamblar en sus restringidos mercados, a costos astronómicos, sus modelos de consumo; o por el pago de intereses sobre el movimiento del capital financiero a la periferia; o por los privilegios otorgados a las operaciones de las transnacionales sobre sus exportaciones (subsidios y falta de control, maliciosamente tolerada, sobre los valores exportados declarados, etc.); y por conducto de las oportunidades que las transnacionales ofrecen a la fuga de cerebros y oficinistas², cuyo costo de educación paga la periferia; por las transferencias del ahorro periférico al ahorro en propiedad raíz en Miami o en títulos financieros de los centros cuyas oportunidades son esmeradamente "publicadas", o por las transferencias del turismo periférico a los centros - también esmeradamente "publicado" -; y sobre todo por la **explotación implícita de los términos de intercambio internos** que determina la diferencia relativa entre los niveles de productividad del trabajo de la periferia y los centros. (No confundir los términos de intercambio "internos" con los "externos", ya que estos últimos sólo expresan una correlación de índices de precios).

Todos estos medios de transferencia del ingreso de la periferia a los centros del "neoliberalismo" han sido ya suficientemente analizados por los científicos sociales formados en la escuela de la CEPAL de Prebisch, o en las vertientes académicas y políticas marxistas críticas, que aún circulan en el territorio latinoamericano. Solo que, con el apabullante dominio del "Modelo de Chicago" en la década de los 70, gran parte de este pensamiento estructuralista latinoamericano fue censurado militarmente, o confundido políticamente por el cambio ideológico de sus antiguos líderes; o reducido al círculo restringido y "sospechoso" del exilio; o desacreditado y arrinconado en la inopia del poder de los medios de comunicación de los nuevos abogados del capitalismo financiero y de su modelo monetarista.

Capitalismo y armamentismo

La relación entre el armamentismo de los países industriales y el capitalismo es uno de los tópicos más socorridos de la contradicción del capital. Se puede anali-

² De 1951 a 1971, Colombia ha ocupado el primer lugar en Sudamérica en la obtención de visas para Estados Unidos y ha alcanzado a acaparar el 27.5% del total de visas concedidas. De estos inmigrantes, 53% son bachilleres y 32% universitarios. A los países vecinos, la emigración de campesinos y trabajadores rastos, como indocumentados, ha constituido una población colombiana de dos millones en Venezuela y 500 mil en Ecuador. Ver "Exodo de colombianos", Ed. Tercer Mundo, Bogotá, 1981, estudio realizado por la Corporación Centro Regional de Población y Colciencias.

zar desde el punto de vista de una falla nacionalista de las naciones contemporáneas que perturba las relaciones pacíficas internacionales de los pueblos. Pero, ¿a qué se debe esta falla? Sencillamente al poder de expansión del capital que encuentra en el armamentismo el campo de desarrollo que le permite crecer sin perturbar sus relaciones de distribución del ingreso entre capital y trabajo, y de asociarse a los recursos del Estado para financiar y realizar sus grandes investigaciones tecnológicas de progreso que la empresa privada no podría pagar, ni acometer físicamente, con sus propios presupuestos.

Respecto al Tercer Mundo, el armamentismo de estos países - como ya hemos señalado para toda transmisión de tecnologías - no difunde su alta tecnología a la estructura económica de estas sociedades, salvo en algunos casos de países grandes del Tercer Mundo, como Brasil y Argentina, que dentro de cuatro años podrán desarrollar con sus propios recursos plantas de energía nuclear y bombas nucleares, como la India en 1974, y como lo lograran Sudáfrica, Taiwan y Pakistán en los próximos tres años.³

La perspectiva de que en tres o cuatro años algunos países grandes del Tercer Mundo entren a formar parte del club de las potencias nucleares para asegurar la reserva de una importante zona de subdesarrollo que le permita continuar su propia expansión en el futuro y, al mismo tiempo, mantener divisiones de poder y, consecuentemente, diversos niveles de subdesarrollo entre los países del Tercer Mundo.⁴

Y que este desequilibrio se esté acentuando es algo que nos está demostrando la nueva política armamentista del presidente Reagan en los Estados Unidos. En el momento en que el receso de la economía norteamericana prolonga más allá de lo esperado, los primeros informes de progreso de la nueva política económica de Reagan comienzan a manifestarnos, en forma clara, sus contradicciones inherentes.

A pesar de todos los elogios del Gran Maestro liberal, profesor Milton Friedman, a la política anunciada por el presidente Reagan, y que se explican porque éste ha propuesto seguir los consejos del profesor de Chicago de "reducir los gastos de Estado y la emisión de moneda", la economía de Reagan - como él mismo lo dice - "va muy mal"; y en cuanto al consejo de Friedman, se trata de un consejo demasiado bueno y vulgar para que sea muy fácil ejecutarlo. Y la dificultad de ponerlo en práctica es lo que ha hecho tan largo los primeros 100 días de la administración Reagan.

Una reciente editorial del *New York Times* (26/4/81) recoge la sensación pública de que el presidente Reagan no pudo, como F.D. Roosevelt, electrizar a su país con una legislación novedosa y radical en sus primeros 100 días. Señala el edito-

³ *New York Times*, Sunday, April 26/1981, P. 3. "Nuclear Arms Proliferation", by John Glenn.

⁴ Informe Brandt Norte-Sur. Ed. Pluma, Bogotá, 1980. Ver Cap. III.

rialista que Reagan ha sido "lento en organizar su equipo de gobierno y tremendamente caótico en definir su política exterior", aunque ha convencido a los políticos que él maneja soberanamente las relaciones exteriores y que ellos deben preocuparse prioritariamente de los problemas económicos. Ya comienzan a verse los primeros signos de resistencia en el Congreso. Muchos gobernadores y representantes consideran que los programas económicos propuestos no tienen suficientes incentivos para que los capitalistas inviertan más, ni suficientes protecciones para que los pobres puedan sobrevivir en esta crisis. Su programa tributario ha sido criticado por importantes economistas. Anthony Lewis, comentarista económico del *New York Times*, en otro artículo de la misma edición, presenta estas cifras alarmantes del crecimiento de los gastos militares:

"En los cinco años que corren entre 1965 y 1970 Lyndon Johnson arrojó hombres y dinero a Vietnam, y su administración incrementó los gastos militares a unos 53.000 millones de dólares de hoy. Ahora, para los cinco años comprendidos entre 1981 y 1986, el presidente Reagan propone incrementar el presupuesto anual de gastos militares a 181.000 millones, es decir, en tres veces más de lo que costaba el presupuesto anual de defensa en la época de la guerra de Vietnam".

La dificultad financiera de estos gastos militares surge cuando se trata de compaginarlos con la receta del profesor Friedman de "reducir gasto público y evitar la emisión para controlar la inflación". ¿Cómo podrá el presidente Reagan recortar impuestos y pagar, sin inflación, su astronómico presupuesto militar? Otro economista, el profesor Lester Thurow, autor del libro "La Cero-Suma-Sociedad", nos recuerda cómo Johnson fue quien inició la inflación actual por su incapacidad de conciliar el costo de la guerra de Vietnam con nuevos impuestos. "Quería - dice Thurow - la gran sociedad y la guerra al mismo tiempo". Hoy, Reagan pretende una cuadratura del círculo similar; dramáticos recortes tributarios para estimular la inversión y, al mismo tiempo, pagar un gigantesco presupuesto de defensa. Pero no podrá alcanzar ambos objetivos sin arruinar la economía, salvo si se decide a subir dramáticamente los impuestos sobre el consumo privado, y si insiste en estos dos programas antagónicos también corre el riesgo de quebrar la economía.

Los "economistas de la oferta" bien podían argumentar que es posible castigar la demanda con impuestos de consumo y esperar a que el incremento de inversiones multiplique el ingreso para que sobre este nuevo ingreso corra el aumento de impuestos que pague el armamentismo cuyo costo para los próximos cinco años se piensa elevar astronómicamente a estos niveles: 1981, 162 mil millones de dólares; 1982, 189 mil millones de dólares; 1983, 226 mil millones de dólares; 1984, 265 mil millones; 1985, 304 mil millones y 1986, 434 mil millones de dólares! Este costo, en lugar de representar un 1.7% del PIB como lo hacía el presupuesto de defensa en la época de la guerra de Vietnam, si el PIB no crece, se tomará un 2.4% extra de dicho producto nacional.

La teoría de los economistas de la oferta, en este caso, se apoya en el sector estratégico desarrollista de la industria armamentista. El motor del crecimiento vendría a ser la fabricación de armas sin valor de uso en la paz y con un valor incalculable de destrucción en la guerra. Otra forma de la contradicción del capitalismo o del sistema de relaciones entre los pueblos. Mientras los pueblos del Tercer Mundo se mueren de sed y de hambre, tal vez piensan cómo podrían ir eliminando su miseria con los presupuestos de guerra que proyecta el presidente Reagan para la recuperación del poderío norteamericano que hasta el momento de cumplirse sus primeros 100 días sólo ha podido montar la gran recuperación sobre la incierta hipótesis de que la inversión se multiplicará por el alivio tributario y que la tributación sobre el incremento del ingreso esperado dará para pagar los gastos astronómicos del presupuesto de defensa. Amanecerá y veremos que ese negocio tan bueno no será posible.

Los economistas de la oferta se apoyan en los supuestos de una alta movilidad de los factores y de una respuesta muy elástica de la inversión a los precios "costeables" y a los bajos impuestos. Pero los monopolios de la tierra, y de otras formas de concentración monopólica constituyen obstáculos a la movilidad de los factores hacia la producción. Paralelamente, las tentaciones de los altos rendimientos financieros anulan los estímulos de los precios costeables y de los bajos impuestos ya que desvían el ahorro para la inversión hacia el ahorro financiero, que además tiene la virtud de prestarse para evadir impuestos.

Se trata de obstáculos de tipo estructural e institucional, que impiden los desarrollos previstos por las políticas que tienden a estimular la oferta. De otro lado, la concentración del ingreso preconstituye una estructura de demanda que bloquea las posibilidades de producir los artículos y servicios que atiendan el consumo masivo. Dentro de las fronteras de la concentración, del ingreso y frente a una gran población empleada y subempleada, la oferta de productos y servicios de consumo masivo se quedaría invendible, se encontraría su propia demanda, es decir, la ley de Say. En estas condiciones estructurales dadas, no podrá cumplirse.

Justamente porque la ley de Say no puede cumplirse; resulta mucho más fácil al capital que ve bloqueada su expansión recurrir a la concentración de activos y de ingresos a través de los expedientes de la inflación y de los altos intereses. Cuando la expansión hacia adelante se cambia por una concentración de las existencias, el espíritu empresarial desfallece y el campo del capitalismo se convierte en "un país de viudas" que se sientan aseguradas por la montaña de los ahorros financieros que hoy son inútiles y mañana pueden volverse deleznable.

Crisis mundial y monetarismo

El asalto a la demanda efectiva de la comunidad por los impuestos indirectos del Estado, y por los impuestos indirectos que extrañan los nuevos costos de circulación, refuerza, inevitablemente, la recesión de los mercados. Frente a este asalto, el contra-asalto de las fuerzas sindicales por empujar sus salarios, o de los países

petroleros por elevar sus ingresos, que hoy parecen los dos tipos de relaciones laborales más efectivas en la década de los 70, no han sido suficientes para imponerle al capital la producción de los bienes y servicios de consumo masivo que le faltan a los sindicalizados y a los pueblos del Tercer Mundo. Los obstáculos institucionales que siguen amarrando al capital en el circuito del ahorro financiero aún prevalecen, hasta el punto que la nueva política del presidente Reagan es la misma de Pinochet en Chile o de Martínez de Hoz en Argentina: atraer con los altos intereses hacia su propio mercado al hijo pródigo del dólar. El peso de la contradicción del capital por la asimetría estructural de la distribución del ingreso entre el capital y el trabajo, debida al sagrado derecho de apropiación de la propiedad privada, al que hay que respetar no sólo en su poder adquisitivo constante, sino en su derecho a incrementar año tras año su ingreso real, en esta etapa monetaria de la decadencia empresarial del capitalismo ya no puede mantener su sagrado derecho de apropiarse del ingreso a base de la explotación corriente de una ocupación eficiente (plusvalía), sino a base de una extracción secundaria del trabajo productivo (plusvalía secundaria o superexplotación), y a base de una mayor concentración del capital por la absorción y expropiación ejecutiva o judicial de los activos de los medianos y pequeños propietarios y deudores. **El capital financiero es hoy el nuevo instrumento de concentración de la riqueza y, al mismo tiempo, el nuevo obstáculo para la creación de nueva riqueza.**

El estudio de flujos, de las fuentes y usos del ahorro financiero, y su cuantificación con los datos de una economía concreta podría ilustrarles mejor a las mentalidades aritméticas (que sólo pueden mirar a través de las cifras) los pasos que viene dando el capital de inversión hacia su transformación en capital circulante, o si se quiere, del deterioro del **ahorro real** en beneficio del **ahorro financiero**. La elaboración del diagrama de flujos financieros se dificulta por la falta de información estadística, y si bien es cierto que podría puntualizar un movimiento específico y momentáneo del insumo-producto en el sector financiero, sería hasta cierto punto una tabla dada respecto al movimiento político general y permanente de la contradicción del capital, y respecto, también, a la forma de su actual momento histórico.

Sería equivocado atribuirle al monetarismo la génesis de la actual crisis mundial del sistema capitalista, porque lo contrario parece una explicación más adecuada; la contradicción del capital, que de por sí es la crisis permanente del capitalismo, ha conducido al monetarismo. Se trata de un recurso del sistema, para compensar la caída del nivel de ganancias que antes provenían de la expansión de la producción, con una mayor apropiación de un ingreso real casi estacionario, y con una mayor concentración de los mismos activos reales. Las ganancias que deberían salir de una producción ampliada que no tuvo lugar, las compensa la clase capitalista con transferencias de ingreso y de propiedad de otras clases que se empobrecen exactamente por la cuantía de estas transferencias. Es entonces cuando la acumulación se confunde con la concentración y el monetarismo aparece como el nuevo redentor del capital.

La contradicción del capital podríamos considerarla como el desequilibrio que genera la apropiación del ingreso por el capital y por el trabajo. Esta apropiación desigual en perjuicio del trabajo determina las crisis de demanda global efectiva, o la crisis de suministro de bienes de consumo por la paralización parcial de los medios de producción instalados, o de los medios de producción disponibles en el mercado en forma de divisas, como es el caso de las grandes reservas internacionales acumuladas en determinadas fases de coyunturas favorables por algunos países (Argentina y Colombia, por ejemplo, entre 1975 - 80). El capital disponible que no se invierte por la caída de la demanda efectiva para atender el consumo faltante se convierte este excedente ocioso de capital paralizado en títulos de ahorro para la apropiación del ingreso de la comunidad, ya que estos títulos de ahorro financiero pagan sus intereses con cargo al presupuesto nacional, es decir, a los impuestos; o con cargo a la devaluación (caso de los certificados de cambio en Colombia) la que a su turno se puede mirar como una forma del impuesto general de la inflación a la comunidad. Sea cual sea el expediente para servir los intereses del ahorro financiero, siempre se trata en última instancia de una succión del ingreso asalariado de la comunidad por el ingreso rentístico a que tienen derecho los tenedores de estos títulos de ahorro. Dicha transferencia acentúa el desequilibrio de la contradicción del capital entre el ingreso apropiado por el mismo y el ingreso percibido por el trabajo. Por eso resulta iluso esperar que el ahorro financiero se convierta en ahorro para la inversión, ya que la función de éste es contener el crecimiento de la demanda efectiva, y no sólo la de evitar la inflación cuyo desenvolvimiento libre aceleraría la crisis, sino prioritariamente la de permitir una mayor apropiación del ingreso en el circuito de la circulación de mercancías por el capital, es decir, una recolección adicional de plusvalía en el bolsillo del consumidor mediante los sutiles procedimientos de los impuestos indirectos de la devaluación, de la inflación y de los impuestos ordinarios de consumo que van a los presupuestos que pagan los altos intereses del ahorro financiero. Se trata de una **explotación secundaria, o superexplotación**.

Los **usos** del ahorro financiero lo comprometen para que éste no sea usado empresarialmente en la compra y organización de recursos para lanzar una mayor producción. Tales medios están disponibles y no son absolutamente escasos, como se suele hacer creer para justificar la pobreza y para encarecer "artificialmente" los recursos, o sea, para encarecer el capital que debería atender las necesidades insatisfechas de la mayoría de la población. Hay alternativas de producción para poner a producir los recursos con que deben fabricarse las mercancías que faltan. Pero, desde luego, hay obstáculos institucionales - como las instituciones del ahorro financiero y de sus intermediarios - que dirigen el movimiento del dinero hacia sus títulos y no hacia los progresos empresariales. Estos obstáculos institucionales - otra presencia de la contradicción del capital - bien puede considerarse como la inercia rentística del capital en su etapa de decadencia empresarial.

Frente a esta competencia empresarial, cuyas circunstancias e impulsos históricos podrían identificar los sociólogos y los historiadores, parece que no vale de mu-

cho la restauración "thatcheriana" de los privilegios y de los incentivos tributarios al capital para devolverle su perdido ímpetu empresarial. Justamente el monetarismo de la última década ha surgido para reponerle al capital decadente las utilidades que ya no sabe buscar a través del trabajo empresarial. No es casual el movimiento de aparición del monetarismo en los años 70. Más bien se trata de un recurso de respiración artificial para un capitalismo moribundo en el momento preciso de su decadencia empresarial.

Los usos a que se destina el ahorro financiero tienden a incrementar los costos del capital circulante, que es su fuente. El aumento de los costos de mercadeo por la transformación de las ventas al contado en ventas a plazos, por la profusión de propaganda y de los servicios de relaciones públicas, por la multiplicación de las "corbatas" del empleo improductivo en los servicios de administración y de intermediación comercial, más que instrumentos de competencia de "servicios" son impuestos indirectos privados del capital a los consumidores para aumentar la transferencia de ingresos del trabajo al capital, en la esfera de la circulación, durante la etapa decadente de su movimiento puramente monetarista.

Círculo vicioso de la inflación

El dinero (Do) en el proceso normal de la expansión de la producción se transforma en mercancías (M), y éstas, a su turno, se vuelven a transformar en más dinero (D1), o sea, Do-M-D1. Aquí la diferencia entre Do y D1 que equivale al **plusvalor** producido. En el proceso inflacionario el dinero tiende a transformarse de una en más dinero: Do-D1. Este excedente de dinero no sale ya de la producción de plusvalía, sino de la monda y lironda emisión de papel moneda o de piezas metálicas que le roban al consumidor productivo parte de su capacidad adquisitiva que transfieren al Estado a través de los impuestos y tarifas; o a las empresas mediante el alza de precios por medio de la plusvalía secundaria o superexplotación; y, también por la transformación jurídica ficticia de activos fijos en activos a corto plazo cuyos títulos de ahorro financiero le permiten a sus tenedores apropiarse en el futuro de una mayor proporción del ingreso corriente. Esto implica una conversión de costos directos de producción en costos indirectos de circulación que es, justamente, lo que se logra con el incremento relativo del ahorro financiero sobre el ahorro para la inversión y que ocurre en la coyuntura del capitalismo especulativo que corresponde a la etapa de decadencia del capitalismo empresarial.

La emisión de papel moneda para pagar los déficits corrientes del Estado o de las empresas que avala el Estado, o por la emisión de crédito mediante el redescuento de obligaciones particulares transitadas por intermedio de los bancos y que no corresponde a gastos reales de inversión de las empresas sino a la financiación de mayores costos de circulación o de usos improductivos del dinero, o que se originan en alzas de precio ya decretadas por la inflación en marcha de emisiones anteriores, determinan una mayor producción de dinero sin producción de mercancías - Do-D1 - que vuelve a subir el valor nominal de los precios; y si el mayor dinero en circulación no se recicla en más dinero a través de la producción de más

mercancías - D1-M-D2 -, la mayor demanda de dinero que se ha preestablecido habrá que reciclarla en otra mayor remisión de dinero, y así sucesivamente hasta configurar el conocido proceso de la "espiral inflacionaria" o "circulo vicioso de la inflación". La congelación de este excedente de mercancías, sino hacia la concentración del ingreso que devuelve al mercado monetario - a través de los altos intereses - en mayores costos de circulación que vienen a empujar los costos primos de la producción y cuya financiación sólo se hace posible mediante un nuevo reciclaje inflacionario.

¿Cómo salir de este ciclo vicioso inflacionario? La respuesta hay que buscarla en aquellos sistemas monetarios que permitan controlar los **usos** concretos del dinero y que superen la indeterminación del poder social del capital que lleva a la transformación del valor de uso de las mercancías su valor de cambio, expresado en dinero abierta y libremente disponible para cualquier uso que, en el sistema capitalista tiende a servir prioritariamente, por el poder social del capital, a los usos que en determinado momento postule la clase capitalista o burguesía. Y cuando estos usos dejan de ser - por razones de la historia que no pretendemos identificar en este trabajo - los de la producción creciente de mercancías de consumo masivo, y se restringen a la producción de mercancías y servicios de consumo elitista, y a servir de medios de concentración del ingreso y de tierras y de otros bienes atesorables, surge el control de la demanda monetaria como el único recurso para detener, en parte, la expansión del proceso inflacionario en marcha. Ya nadie habla, a estas alturas de la historia, de buscar formas de utilizar el dinero excedente en producción de mercancías, sino de expedientes para congelar la expansión del dinero inútil y de tal manera que este control monetario que perjudique los niveles de apropiación del poder social de la clase capitalista, y que, al mismo tiempo, logre que el dinero circule libremente en su mercado elitista para que sirva de medio de cambio a los usos que esa clase social necesita darle al dinero para mantener su **status** de poder social. Uno de esos expedientes que permite controlar la expansión monetaria sin perjudicar los niveles de poder social y de consumo de la clase capitalista es el de las reformas de las clases financieras que facilitan el desarrollo de la intermediación monetaria hacia el mercado elitista y hacia las sutiles conversiones del ahorro de inversión en ahorro financiero. Otro instrumento de inversión del capitalismo es, desde luego, el armamentismo.

Referencias

- Anónimo, INFORME BRANDT NORTE-SUR. - Bogotá, Ed. Pluma. 1980;
 Glenn, John, THE NEW YORK TIMES-PRENSA. p3 - 1981;
 La Corporación Centro Regional de Población y Colciencias, EXODO DE COLOMBIANOS. - Bogotá, Ed. Tercer Mundo. 1981;
 Prebisch, Raúl, REVISTA NUEVA FRONTERA. 327. p11 - Bogotá. 1981; Nuclear Arms Proliferation.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N°55 Julio-Agosto de 1981, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.